

en la mielada pana del barbecho,
 en la aromosa juncia de la aceña...
 con una greguería sonora
 en rudos desacordes se concierta.

El águila levanta en los abismos
 su perdida cometa,
 tiende el ciervo por una mar de jaras
 el naufragio de aguda cornamenta
 y brama sus amores con lujuria
 de bien reñidas hembras,
 enhebra con blandura el aire fino
 la cogujada coquetuela,
 ocarina de ébano bruñido,
 silba el mirlo por fusas y corcheas,
 en jácara de ternes desafíos
 ufanan las perdices su majeza
 y el hombre, con vigor de macho joven,
 hunde la aguda reja
 en las entrañas en tempero
 de la senara nueva
 y enreda una canción entre los surcos
 que laten de placer en la mancera.

Ahora el Sol es hogaza,
 con la cochura tierna,
 alzada en sacramento por las manos
 infinitas de Dios, en la patena
 del azul infinito.

Su morena corteza,
 brindada en comunión como una hostia,
 es savia rebosada en primaveras.

Al Padre Dios le juega en las pupilas
 la redonda sonrisa de la Tierra.

JOSE CANAL

EXTREMEÑISMO

QUODO el mundo vuelve a saber dónde está la cadera de España, que forman Cáceres y Badajoz. Ordenadores de la economía nacional han descubierto, por ejemplo, que existe un río llamado Guadiana y que este río, sesteante desde milenios, ha de pagarse en adelante, al céntuplo, la franquicia que le brindaron unas tierras pródigas. Husmeadores profesionales, de péndola y cuartilla, marchan hacia el Oeste, al rastro de la novedad palpitante, que luego cuentan a todos los españoles. Extremadura, siempre sorprendente, se destaca en la primera página de la actualidad nacional.

Hemos de pensar que estos hechos van a obrar revulsivamente en la actitud regionalista, si en efecto son reveladores, no de un simple cambio de fisonomía, sino del giro de unos supuestos existenciales. Por eso mismo, porque estamos acaso en trance de liquidación, en vías de estreno, es conveniente revisar esa mentalidad y sentimientos regionales, con el doble propósito de repulsa y de aliento. Profesaré antes, sin embargo, mi condición de extremeño «de pura cepa», como se dice; tan pura que ahinca sus raíces, disparadamente, en tres lugares de Extremadura. Y ya se sabe: «omne trinum...» Quiero pedir con esto a mis posibles lectores coterráneos creyentes y aun teorizantes de Extremeñismo, que me concedan benévolamente algún «entendimiento de amor».

El fenómeno regionalista, por supuesto, no es de nuestra propiedad. La montaña y el valle, la costa y la tierra adentro han procurado siempre señalar sus características y diferencias. Sin embargo, aun no votando por gaita ninguna, tal vez debamos reconocer que cualquiera porción de España junta más motivos que la nuestra para hacerlas resaltar, si por cualquiera porción se entiende todo lo que no sea alta meseta castellana, de la cual heredamos nosotros cierta gloriosa indeterminación. Sucede, además, que los regionalismos son ya género demodado. Cuando más, residuos postrománticos y, cuando menos, lujo contraindicado en el gobierno de los pueblos que necesitan afirmar un destino común. Ahora, sobre todo, que por razones diversas se tiende a formar unidades trascendentes, supranacionales incluso, resultaría apocado, incongruente, pararse a contemplar el campanario. Por fortuna muchos desatienden ya esta contemplación.

Existen por ahí varias marcas de exaltación regionalista. Pade-

cen de exaltación, en primer lugar, los que hacen gala de su «patria chica», aunque estén previamente convencidos de que el vecino Torrenueva vale más que el propio Torrevieja. Cualquiera mojonero conoce el arte inofensivo de este juego. Es una exaltación *lúdica*.

Llamemos *tópica* a una segunda clase, que se nutre de tópicos y vive de paladearlos y de publicarlos. Es tópico, por ejemplo—y tópico no equivale a mentira—exhibir célebres figuras en cualquiera ocasión, de cualquier modo, con cualquier fundamento. No imaginaron ellos, voluntarios de banderas ecuménicas, mercenar en banderines de recursos oratorios. El tópico es cómodo, irresponsable, indiscreto. Ostentación: peligro de patriotismo.

Pariente de esta última exaltación es otra que vamos a llamar *narcisista*. Abundan los beatos de la propia región. Son aquellos que, mudando lo mudable, contentísimos, tararean para su colete: «España no hay más que una», «slogan» para imbeciles. Son los productores a granel, ya hablen, ya escriban, de adjetivos fastuosos para todo lo indígena. Son los empalagosos del tipismo ese... Son los que, al sufrir el inevitable contraste, se encuentran con que ni ellos, ni lo que representan, siguen la marcha adquirida por las gentes y las cosas en su curso natural, tantas veces acelerado. Por eso adoptan una hosquedad característica frente a todo lo que los zahiere o los pretiere, a veces sin razón, casi siempre con ella. He aquí otro modo de exaltación, la exaltación *agresiva*.

Voceadores del resentimiento militante suelen ser algunos escritores que a ese desdén foráneo achacan reales o hipotéticas desgracias comunes y su propia falta de éxito. Ellos, los tardíamente dolidos del «mal du siècle», de la incompreensión, se afanan en todas partes por organizar defensivas. Por lo que toca a nosotros, todavía, recuerdo haber leído con ira, no hace muchos años, entre los móviles de una revista de la tierra de los Conquistadores—revista efímera—la consigna siguiente: «Defender a Extremadura». Pero, Señor, defenderla ¿de qué? ¿de los malos gobiernos? ¿de la malquerencia de los escritores de viajes y de los críticos literarios? Sin duda, ha sido parte de verdad esa confabulación liberal, a que se refirió Juan Aparicio en Badajoz. Confabulación más que de los hombres, del propio sistema, construido sobre intereses político-económicos refractarios a lo campesino. Por eso la víctima no fué sólo Extremadura, sino todo el agro español. Es verdad también el desconocimiento general, o pobre conocimiento, de Extremadura con el vilipendio consiguiente. Entre otros se carga a Larra con este par de entuertos. El humor tiene su fuero y Larra, a vuelta de probables concesiones al humor, desvela una amarga realidad. Volveremos luego sobre ello. Pero a todo esto, ocurre preguntar: ¿por qué vuestras clases directoras—las doctas, las adineradas—no se esforzaron por dar buenos gobernantes a la Nación o por arbitrar en los cenáculos literarios, tan aludidos, en vez de quedarse en caciques o en malos estudiantes? ¿por qué, en vez de feudalizar o de vivir de renta, no trataron de transformar económicamente, socialmente, culturalmente, a la región? Ser es defenderse. Mucha verdad. Mas no que el ser ha-



ALBUM EXTREMEÑO.—Arcos inferiores del Claustro conventual de los Caballeros de Santiago, en Calera de León, Badajoz. (Foto Olivenza)

ya de consistir en su defensa, sino que la defensa consiste en estar pertrechados de energías esenciales.

Hay finalmente, una exaltación de tipo *filosófico cultural*, con su «ismo» correspondiente. Desde Ortega y Gasset ha sido tentador para los españoles componer teorías regionales. Se sabe que la devoción regionalista data del romanticismo liberal, que otorgó credenciales de patria a cualquier cuenco o meseta. Ya los postrománticos la practicaron con intensidad, morosamente, en sus novelas costumbristas. La idealizaron luego, esteticizándola, los llamados del noventa y ocho. La sublimaron, por fin, a teoría los culturalistas del «Dasein» y del raciovitalismo. Noble especulación, con innegable base objetiva, si no estuviera tan proclive a generalizaciones arbitrarias, a exageraciones deliberadas o indeliberadas del corazón y del ensayismo intelectualoide.

Los extremeños nos hemos visto tocados del sarampión ensayista y he aquí que vamos expendiendo, más o menos fragmentada o conjuntada, una teoría con nombre propio: «Extremeñismo». Por de pronto, el vocablo parece desafortunado, a la cuenta, nada edificante, de los «ismos». En el diario «Arriba» se alarmaba una vez el P. Llanos de ciertos españoles, que, más que católicos, pretendían ser «catolicistas», es decir, partidistas. Por su parte, García Martí, asiduo cultivador del tema galaico—«la esquina verde» gallega está de moda—usa, para expresar el ser gallego de Valle-Inclán, la palabra «galleguidad». Como todos somos hispánicos y no hispanistas. En fin, que estas cinco sílabas, Ex-tre-me-ñis-mo, no atrapan la «hecticidad» de nuestros castizos, ni mucho menos el «miajón de los castúos». Excepto el nombre y aparte que la misma realidad bronca no se deja tratar fácilmente, la verdad es que podemos construir nuestra teoría, porque hay de qué, aunque el qué valga la pena discutirlo y tal vez enmendarlo.

Parece ser que nuestro regionalismo, especulativamente elaborado, no puede invocar razones histórico-políticas, se apoya exclusivamente en supuestos raciales, de orden más bien psicológico. Colectando notas características, se cita nuestro individualismo, nuestra ardentía, nuestra ingenuidad, la nobleza de sentimientos, la propensión a los contrastes extremos, la veleidad aventurera, el regusto por la intimidad, la capacidad de sufrimiento, la inteligencia sintética, el rigorismo doctrinario, el barroquismo, etc. En el recuento, demasiado complejo, se echa de menos casi siempre nuestra vocación de universalidad. Todo ello, además, se suele proponer indiferenciadamente, por lo regular como virtudes. Luego añadimos, para ilustración y confirmación, si ya no como fuente de inspiración, la lista impresionante de nuestros arquetipos: conquistadores, santos, sabios, artistas, filósofos, oradores, literatos, individualidades poderosas al servicio de un destino universal.

Lo que más importa, sin embargo, es conocer y examinar los orígenes de esa conformación psíquica regional. Considerando el factor antropológico, averiguamos que nuestras tierras, sobre extractos prehistóricos imprecisables, han sido patria históricamente de lusi-

tanos—celtíberos seguramente—de romanos, de germánicos, de moriscos, actuando los primeros como disolvente. El reconquistador castellano-leonés trajo nuevas corrientes de sangre gótica, celta y astur. Estas invasiones, a lomo de nuestros puertos carpetanos, continuaron paulatinamente, pero sin cesar, ordinariamente por los cordeles y arbitrios de la mesta. Hoy, en la alta Extremadura, la «gens» de muchas familias es salmantina o «serrana», de la sierra de Avila. No podemos presumir de raza autóctona, ni de raza pura, ni apenas de razas sedimentadas. Obsérvese la variedad de apellidos, la diversidad de índole y de aspecto somático. No es preciso investigar en la caracteriología del poblador histórico primitivo y constatar la posible fidelidad a unos rasgos étnicos típicos, a través de mezcolanzas sin cuento. Basta con la enumeración de los distintos grupos raciales asentados en nuestros dueros extremos, con el registro de la espaciada, pero constante inmigración, para explicarnos la desunidad de nuestro carácter, el radical individualismo nuestro, conjugado incluso con la vocación de universalidad. Sería interesante hacer, desde estos puntos de vista—también desde otros—, un paralelo entre el fenómeno extremeño y el nacional. Guardan entre sí extraordinaria analogía.

Esas diferencias originales no encuentran su catalizador en la circunstancia geográfica. Es bastante gruesa, ciertamente, la raya de montes que nos limita. Las cintas del Tajo y del Guadiana casi se tronzan en la frontera misma de Castilla la Nueva. Sólo un ancho boquete por el Norte parece confundir el Campo Arañuelo con los llanos de Oropesa. Pero ni los límites, ni la topografía, variable desde la llanura a la sierra áspera, ni la clase de terrenos, fércos unos, yermos otros, ni las condiciones climáticas, ya mediterráneas, ya continentales, aunque moderadas por la influencia atlántica, nos dan alguna uniformidad, sino acaso en el sentido de que potencian y acentúan, con sus calidades extremas, bruscas muchas veces, las diferentes notas genuinas.

Hemos teorizado sobre el factor racial y el geofísico. Vamos a ocuparnos también—que teorizante castizo no lo haría—de nuestros «rincones» de nuestras costumbres, de nuestras formas dialectales. Vaya por delante la distinción que pone *Azorín* entre casticismo auténtico, que se funda en lo exento, en lo genuino y casticismo falso, vulgar, creación literaria y moderna. Tipismo a la vista!

Está desde luego justificada la exposición de cuantas cosas notables se hallen en nuestras provincias. Siempre con un interés didáctico, científico, artístico o simplemente turístico. Casi nunca desde el ángulo típico regional. O por impeculiar o por impresentable. El enorme tesoro monumental, por ejemplo, que existe en Extremadura no creemos sea típico nuestro, sino de la España romana, medieval o áurea. Los llamados frecuentemente «rincones» de Extremadura pertenecen al acervo del pintoresquismo, de un valor escaso o corriente en cualquier llano o montaña. A su vez, nuestras costumbres son, en general, las de «communi» en toda la meseta, con pequeñas variantes béticas o charras, más rudas en el norte, más señori-

les en el sur. No neguemos que el sombrero de Montehermoso, espejo más, espejo menos, es el de la Alberca o el de Lagartera. Como nuestro fandango es el de Huelva.

Las formas dialectales se las venera y se las cultiva aún literariamente. Creemos que lo segundo constituye un exceso. Conservan indudable valor lingüístico, por su morfología astur leonesa, por ciertos fonemas arabizantes, por préstamos lusos enquistados aquí o allá. Sin embargo, su valor literario es mediocre, porque no fueron a tiempo vehículo de cultura, instrumento común de sabiduría o de belleza. Se desperdició la última oportunidad del romanticismo. Gabriel y Galán llegó tarde, en la parusia del Modernismo. Más a deshora, Luis Chamizo, en cuyo retraso e inadaptación consiguiente vemos nosotros la causa principal de su deplorable esterilidad. Ambos son exponentes del afán romántico literaturizante, caricaturistas geniales del tremendo contraste jayán-canijo, reinventado mágicamente por Pedro de Lorenzo, de modo que si Chamizo nos hace nietzscheanamente «machos», con Gabriel y Galán no pasamos de «jombris». No parece, pues, que estos tres recursos, «típicos» en la acepción vulgar, ofrezcan garantía para levantar ninguna teoría regional seria.

Falta por considerar la situación económico-social, factor generalmente preterido, pero que acaso sea, por encima de cualquier otro, piedra de toque de nuestra idiosincrasia. Es dogma entre psicólogos que el hecho de vivir en determinado clima espiritual influye más decisivamente en nuestra contextura psíquica que la herencia o la nacenencia. Eludimos, de intento, la ponderación de ciertas plagas y endemias, provengan de pagana deidad o de insectos anofeles. Admitamos que la economía de la región se ha basado tradicionalmente en la agricultura y en la ganadería. Mucho más, sin duda, en la ganadería que en la agricultura. Por ascendencia feudal leonesa, por derechos de conquista o encomienda de las Ordenes Militares, por fundaciones pías, por trapicheos de la misma desamortización, se concentró la propiedad en pocas manos, que explotaban las tierras a su capricho. Para la hoja de sembradura tradición significó rutina, esfuerzo mínimo. Importaba más el baldío para los pastos y el matorral para la caza. Situación como ésta la hemos alcanzado todavía nosotros, hombres de los treinta a los cuarenta años. Como informe sintomático, leamos, por ejemplo, la «Historia de Trujillo», de Naranjo. No adjetivaremos de mendaz a Larra porque diga que Extremadura, en la primera mitad del siglo XIX, «destinada la mayor parte a dehesas para pastos, sumamente despoblada y cubierta de encinas, malezas y jarales...», es casi toda ella un inmenso soto» o que en ella «hay poblaciones enteras esencialmente cazadoras».

Socialmente, ha sido profundo nuestro desnivel de ricos a pobres, de amos a renteros, yunteros y braceros. El gran terrateniente y el jornalero fueron durante mucho tiempo figuras proverbiales de nuestro orden económico. Este orden social—orden por paradoja—traía consigo graves consecuencias. Dió ello pábulo, en primer lu-

gar, al ancestral individualismo, exacerbándole con posturas opuestas, aprovechadas por el marxismo para la lucha de clases. Obligó, además, a la disgregación de la convivencia en chozas y cortijos, al servicio de los señores—«gran parte de los hombres del país, dice Larra, no tienen más medios de vivir que constituirse guardas de las dehesas de los señores o darse ellos mismos a la caza»—con el olvido de las normas de sociedad, con las secuencias de analfabetismo e ignorancia religiosa. La falta como la sobra de riqueza—más que sobra de riqueza diríamos su inmoral administración—dió también ocasión a la irresponsabilidad personal, a la bohemia como sucedáneo de la aventura y aun lastimoso materialismo de la vida, por vicio en unos, y en otros, forzados a la lucha por la existencia. Si sobre todo esto comentásemos el flagrante absentismo de los grandes señores, culparíamos al conde N., no a «El Pobrecito Habla-dor», del nivel primitivo de nuestro pueblo ..

Pero todo está a punto de cambiar por una política social revolucionaria. Badajoz desarrolla un grandioso Plan agrario hidráulico-industrial. Cáceres prepara sus «Far West» de bolsillo. La nueva circunstancia determinará a la corta a la larga, «ex opere operato», un modo de ser distinto al inveterado. Nosotros, sin embargo, debemos facilitar esa transformación. En un artículo de ABC aconsejaba Pemán donosamente la «sugestión mágica», como medio y remedio de una «fabricación de costumbres tradicionales». Contando la droga sugestiva, es necesaria también la «admonición directa», preconizada por él, sobre las mentes encargadas—artistas, escritores, generalmente—de administrarlas. No nos hagamos reos del «cartonamiento» de nuestra idiosincrasia, «adjudicándonos características irremisibles...», cerrándonos toda posibilidad modificadora».

Encaucemos el fantástico potencial de nuestro temperamento, no al exhibicionismo tópico, no a la superstición cazorra, no al gesto contrariado, no a la desavenencia intestina ni a la bohemia infecunda, sino al riesgo de las empresas grandes—el mando, la ciencia, el arte—como en el antaño dorado. En ellas está ahora nuestro Perú. También en que Extremadura madre tenga más pueblos y menos chozas, más acequias y menos analfabetos. Harán falta descomunales aportaciones morales y dinerarias. Háganse y vénzanse anacronismos e intereses de menor cuantía, para el mejor servicio de nuestra vocación ecuménica. Estas no son palabras tópicas. Esto es Extremidad.

JOAQUIN REGODON MARIN

SONETO DE SEPTIEMBRE

(CON ESTRAMBOTE)

¡Oh vástago feliz! ¡Divino arquero!
 con qué alegría vienes a mi lado
 y me dices: «¡Papá, papá, he aprobado
 las seis que me quedaban de tercero!»

Nunca fuiste en las clases el primero
 aunque eres por demás espabilado.
 Una vez razonaste ¡oh desenfado!
 «No quiero hacerle daño a un compañero»

«Admirable lección, pero ¿has medido
 el alcance que tiene tu doctrina?
 Te propongo un convenio, hijo querido,
 reduce a la mitad la escabechina».

Mi Benjamín asiente: «Convenido,
 mas cumple tu palabra y apoquina».

Con un duro le premio el fin del año.
 ¡No quiero que me llame *El Gran Tacaño!*

PEDRO ROMERO MENDOZA